

EL VIENTO BORA

SOFÍA RUÍZ BURGOS
3º C de ESO

Era un día oscuro, de grandes tormentas, donde se sentía que las fuerzas de la naturaleza se habían revelado contra la tierra, los árboles enfadados agitaban sus ramas, la lluvia caía con fuerza, se veían relámpagos y se escuchaban truenos, el viento soplaba y silbaba como nunca. Ese día nació mi hijo Bora, fue un parto algo doloroso y complicado pero mereció la pena. Él tenía el pelo castaño y su cara reflejaba paz y tranquilidad, desde que miré por primera vez a esos ojos verdes como las hojas de los árboles supe que iba a ser un chico muy especial.

A él le gustaban mucho los animales, se pasaba horas y horas jugando con ellos. De pequeño decidimos comprarle un perro y cada vez que les veía juntos, yo misma notaba que se entendían, que tenían una fuerte conexión. Cuando le llevaba a pasear por el campo, su cara de felicidad era inmensa, parecía que las plantas se reían con él, que los árboles bailaban al ritmo de la música que producía el viento y que toda la naturaleza disfrutaba con su presencia. Después de ver todo eso, supe que hice bien en ponerle un nombre relacionado con la naturaleza, como el de un viento, el viento Bora.

Muchas veces cuando venía del campo traía en sus manos pequeños pájaros que se habían caído del nido y se habían hecho daño, o traía crías de conejo que se habían roto una pata, con el fin de curarlas y alimentarlas hasta que pudieran volver a su hogar, pero nunca podían faltar los ramos de coloridas flores silvestres que brillaban y parecía que nunca iban a marchitar, yo las ponía en agua mientras él las observaba fascinado por su belleza.

Llevaba desde pequeño yendo al mismo colegio, solo para chicos, allí él era un niño muy querido por todos, siempre iba con una sonrisa en la cara y volvía con la misma, se llevaba muy bien con todos los niños pero sin embargo, nunca tuvo ningún amigo de verdad, prefería sentarse junto a los árboles del patio en vez de quedarse hablando con el resto de chicos. Mientras todos quedaban para ir a jugar a parque, Bora se pasaba las tardes junto al viejo nogal que había cerca de casa, con el que parecía tener una relación especial. Allí él se sentaba apoyado en su gran tronco y no jugaba ni leía simplemente se quedaba observando el paisaje, una vez le pregunté que qué hacía tanto tiempo allí, que si no se aburría, él me miró con una sonrisa en la cara y me dijo: solo disfruto del paisaje, me relajo y me doy cuenta de que va a llegar un momento en el que no podré estar más aquí, no podré

sentarme bajo la sombra de este árbol ni tampoco podré contemplar lo maravillosa que es la naturaleza, solo aprovecho el tiempo que tengo y el paisaje que me han dado.

Llegó la función de su colegio, el teatro estaba repleto de gente, yo me sentaba en tercera fila ya que los niños que participaban y los profesores se sentaban en las dos primeras, Bora actuaba de los últimos y por lo tanto me tocó quedarme a ver a los niños que actuaban antes, unos bailaban, otros cantaban, tocaban instrumentos y no lo hacían nada mal para ser tan pequeños, mi hijo hizo una representación gesticular y vocal de algunos de los movimientos y sonidos de la naturaleza, fue algo impresionante y armónico, dejó a todo el público maravillado y emocionado, muchos lloraron del sentimiento de paz que se produjo en sus corazones y otros simplemente se quedaron boquiabiertos, parecía como que la naturaleza le hubiera puesto en la Tierra para algo y para mi desgracia pronto me di cuenta de para qué.

Durante una excavación que se solía hacer semanalmente para encontrar pozos de agua subterráneos, mientras cavaban, una de las palas de los trabajadores se enganchó en una gran roca de color gris oscuro, nadie sabía lo que era por lo tanto los científicos extrajeron un trozo de este material para analizarlo y al parecer, ese día, se descubrió un nuevo tipo de mineral que nunca antes se había visto en el mundo, poseía un gran poder energético que podría llegar a ser el sustituto a todas las energías no renovables que existían hasta ahora, por lo tanto sería la solución a gran parte de los problemas de hoy en día, sin embargo, había muchas dudas de cómo afectaría a la naturaleza, si contaminaría mucho o si perjudicaría la salud de las personas. Por desgracia, a las empresas de allí les daba igual eso, solo querían ese mineral cuanto antes y se peleaban entre ellas para conseguirlo. Todas deseaban ganar más y más dinero sin preocuparse por otras cosas más importantes.

En una de esas excavaciones mientras intentaban sacar el mineral, toda la vegetación, los árboles, las flores, la hierba, todo se estaba muriendo, el agua de los ríos y lagos cercanos se ponía negra y un humo gris cubría todo el cielo de sus alrededores, ese material sin duda era una amenaza para toda la vida natural, pero aún así el gobierno decidió legalizarlo y mandó empezar la extracción de el mismo.

La excavación tendría lugar dentro de una vieja Sabina enorme, con un gran tronco y muchas hojas donde habitaban cientos de nidos de diferentes aves, en invierno, la nieve cubría toda la copa del árbol y lo dejaba tan blanco y bonito que Bora se pasaba horas observándolo desde su ventana, a sus alrededores había todo tipo de flores de diferentes colores y formas, también se encontraba un lago de aguas cristalinas donde los niños se bañaban en verano. Bora solía visitar ese árbol y se pasaba tardes enteras sentado bajo la gran sombra que daba, en cuanto vio la excavación sus ojos se llenaron

de lágrimas, él me miró, me sonrió y en ese momento fueron mis lagrimas las que caían por mis mejillas, aunque sabía que era lo que tenía que pasar, no encontraba la forma de asimilarlo, yo solo intentaba sacar una pequeña y forzada sonrisa para que no le fuera tan difícil despedirse de mi, iba a correr hacia la Sabina, pero se giró para darme un último abrazo, me dijo que me quería y que tenía que hacerlo, después corrió hacia la Sabina, la abrazó y sus raíces le envolvieron mientras un gran terremoto agitaba toda la tierra, los vientos soplaron enfadados y un gran oleaje se produjo en el lago más cercano, el cielo se nubló y empezaron a escucharse truenos y a verse relámpagos y segundos más tarde, todo se calmó, en el cielo se podía ver un gran rayo de sol que atravesaba las nubes, los pájaros cantaban contentos y misteriosamente la piedra y el niño desaparecieron.

Cuando dejé de verle mi alma se partió en mil pedazos, ya no quería comer ni dormir, no tenía ganas de hacer nada, pero sin embargo, cada vez tengo más claro que mi hijo fue puesto en este mundo por un ser superior con el fin de que arreglara todo lo que los humanos podríamos llegar a hacer solo para satisfacer nuestros propios intereses. Todo el tiempo que pasé con él, me enseñó que entre tanta gente avariciosa, que solo busca ganar dinero de cualquier forma y que no se preocupan por nada más, hay personas que luchan para defender lo que verdaderamente importa, y no es el dinero o el poder, sino cuidar y respetar lo que durante toda nuestra historia nos ha salvado y nos ha dado la vida y aunque muchas veces pienso porqué tuvo que ser mi hijo el que se sacrificara por nosotros, me doy cuenta de lo que habría pasado con la tierra, con las plantas, los árboles, el viento, los mares y los océanos, toda la naturaleza y los animales que nos rodean, todo eso, que nos ha dado la vida, de no ser por él, lo habríamos destruido.

Ahora es a mí a quien le gusta pasear a diario por el campo y coger flores silvestres para ponerlas en un jarrón de agua y aunque me cueste admitirlo, Bora de algún modo formaba parte de la naturaleza y me tranquiliza pensar que seguramente esté en un sitio rodeado de plantas, árboles y flores, lleno de toda clase de animales, donde podrá pasarse el resto de su vida contemplando los más maravillosos paisajes que pueden existir y aunque estuvo poco tiempo con nosotros, fue lo más maravilloso que nos pudo haber pasado.